



Pablo, el autismo y el amor

NACHO RUIZ
Galería T20

Teníamos que aprender a vivir con algo que el desconocimiento hacía desesperanzador

Teníamos veintipocos y estaba en el Círculo de Bellas Artes de Madrid para inaugurar una exposición. Carolina se había quedado en Murcia y yo fui con Fernando Segura, que pintó un potente Marco Aurelio para la ocasión. En la fiesta me encontré, de repente, entre María Corral y el gran Alberto Corazón. Bebíamos vino y les hablaba de T20, que tenía meses y era, literalmente mi vida. Mi rollo le interesaba a dos personas que admiraba, y se acercó Luis Gordillo. El corrillo, para un crío como yo era entonces, era topegama. Entonces llegó un camarero y tiró una bandeja llena de copas de vino tinto sobre mi jersey blanco de cuello vuelto. La cara de Corazón, detrás de sus gafas y su bigotazo, es una de las imágenes que pasarán por las ventanas del tren ese que ves cuando te estás muriendo.

Fernando se quitó el jersey y me lo dio, y pude seguir la conversación. Mi amigo se quedó toda la noche ya en camiseta. En los bares yo pasaba calor y en las calles él pasaba frío. De aquella noche no me ha quedado el trabajo, permanece en mi recuerdo el jersey de mi amigo, porque lo que de verdad importa es eso. No importa el éxito ni la carrera. No importa el dinero ni la casa, ni los coches. Importamos nosotros y la gente que queremos.

Pablo y Hugo nacieron con unas semanas de diferencia. Crecían juntos y, un día, Pablo desconectó y se instaló en un mundo suyo en el que puede haber mil personas alrededor sin interesarle. Carolina lo detectó muy pronto y un día los médicos se lo dijeron a Antonio, mi hermano, y a su entonces mujer, la madre de Pablo. La vida de todos cambió, entre otras cosas porque no sabíamos cómo se hacía en esa situación. Pablo tenía autismo. Dejé de dormir muchas noches. Primero porque Pablo tenía autismo, pero también por-

que Hugo no lo tenía. Es difícil entender lo que voy a explicar, pero lo intento. Mi hermano Antonio, que en casa siempre fue Totó, es fundamental en mi vida. No es fácil llegar a querer a alguien como lo quiero a él, y Pablo era su vida. Su hijo tiene autismo y el mío no. Yo no tenía culpa de eso, pero ocurría y me sentía ferozmente culpable. Todos teníamos que aprender a vivir con algo que el desconocimiento hacía desesperanzador.

Carolina se pasaba días leyendo en internet sobre autismo. Vimos de todo, aprendimos mucho, pero sobre todo aprendí de mi hermano. Él aprendió a vivir su nueva vida, aprendió a vivir con el autismo y, sorpresa, resultó que era posible. Pablo tenía un autismo severo, así que se movilizó hasta el punto de llegar al entonces presidente de la CARM para lograr un aula abierta, y creó, junto a su ex, una escuela para niños con autismo. Reinventó su mundo, creó uno nuevo. La vida es parecida a la red de las acequias de Murcia. Muy antigua y sabia, peligrosa y vivificante a la vez, hermosa y terrible cuando las aguas vienen bravas. Él ha entendido esa dificultad y belleza, creando un universo que es solo suyo y de Pablo.

Solo he admirado a dos personas en mi vida: Joe Strummer y mi hermano Antonio. El primero por ser el modelo de mi juventud, el segundo por haberme enseñado a vivir como vivo hoy.

Ver a Pablo con mi hermano es ver la felicidad de dos chicos que tienen un mundo que solo es suyo. Antes decía que a Pablo le daban igual mil personas alrededor, pero no es así. Si su padre está cerca su mundo es su padre. Si hay un padre en esta región es mi hermano. Si hay

un hijo que quiera a su padre es mi sobrino Pablo.

Todos hemos crecido mucho gracias a Pablo. Mis hijos han aprendido que sus juegos son distintos y saben darle cercanía y distancia cuando las necesita. Yo he entendido que el afecto no es igual en todos y no depende de esos gestos tan barrocos que hacemos demasiadas veces. De mi hermano he aprendido que la vida es demasiado importante como para sufrir por algo que no sea que mi gente esté bien. Todo lo demás se arregla, además, si ocurre un desastre, siempre habrá un amigo que te deje su jersey, porque los amigos son la familia electiva, a veces la verdadera familia.

Somos víctimas de la educación que recibimos. No siempre nos preparan para

lo verdaderamente importante ni nuestros padres ni en el colegio y en este tiempo de desasosiego hemos crecido con una idea de éxito que justificaba casi todo, pero no era cierto, el éxito no justifica que descuidemos lo importante. Pablo fue una conversión para nosotros, nos caímos del caballo como el santo de su nombre y nos dimos cuenta de que lo verdaderamente importante está ahí, pero tenemos que saber verlo, está tan cerca que nos despistamos y pasamos de largo

ballo como el santo de su nombre y nos dimos cuenta de que lo verdaderamente importante está ahí, pero tenemos que saber verlo, está tan cerca que nos despistamos y pasamos de largo. Cuando se llega a ese conocimiento el sufrimiento desaparece, o se queda pequeñito.

El amor, y solo el amor, nos salvará. Solo el amor es importante y solo es importante que estemos bien, que los nuestros sean felices y que el tiempo que vamos a pasar en esta tierra hagamos felices a los demás. La vida es demasiado valiosa para tasarla en dinero.

Para todo lo demás, Mastercard.

Lo verdaderamente importante está ahí, pero tenemos que saber verlo, está tan cerca que nos despistamos y pasamos de largo

corbetas para ese país, lo que ha supuesto trabajo en Cádiz hasta 2024. De las cinco corbetas van entregadas tres. Otro ejemplo de la influencia del Rey ha sido impulsar la industria automovilística. A principios de marzo presidió el acto de celebración del 70º aniversario de la fábrica de Martorell, con plantón de los políticos catalanes –muy republicanos ellos– en ese acto. El presidente del grupo Volkswagen anunció que la planta construirá vehículos eléctricos y que se firmará un importante contrato.

Coincido con mi paisano y amigo Arturo Pérez-Reverte cuando dijo: «El Rey me vale». Ambos pensamos que es «un hombre de bien». El sabio emperador ro-

mano Marco Aurelio nos dejó frases como está: «No actúes como si fueras a vivir diez mil años. El destino pende sobre nosotros. De modo que, mientras vivas y te sea posible, sé hombre de bien».

ANTONIO MIGUEL GARCÍA-CARREÑO

Imaginen

Imaginen que un diputado de ascendencia africana (Ignacio Garriga) toma la palabra en un parlamento (el catalán) y la mitad de los diputados se marchan y le llaman xenófobo. Imaginen un partido cuyos dirigentes, afiliados y simpatizantes reciben pedradas en sus mítines. Imaginen a una organización a la que impu-

tan actos vandálicos (ataque a una oficina de Podemos en Cartagena) sin molestarse siquiera en aportar pruebas a la Policía, al mismo tiempo que las sedes propias se llenan de pintadas con amenazas de muerte. Imaginen una formación ninguneada e insultada por casi todo el arco político, sindical y cultural. Imaginen que eso sucede en una democracia occidental. ¿O debo decir 'Matrix'?

MARÍA MERINO

Los originales que se envíen a esta sección no deberán sobrepasar 25 líneas. Estarán firmados y se hará constar el número del DNI junto con el domicilio y el número de teléfono de sus autores. También pueden enviarse por correo electrónico a: cartasdirector@laverdad.es

LA VEREDA DEL CAPITÁN
MANUEL MADRID

El mejor antiarrugas

¿Quiénes son esos cinco amigos que forman parte de tu moai?



Tengo por costumbre, supongo que como un indicio de envejecimiento prematuro, comprar el periódico allá donde viaje. Suelo echar una mirada rápida y superficial, sin entrar a fondo de los asuntos, para hacerme una idea a vuela pluma de lo que está sucediendo, de lo que preocupa en ese momento. Sin más, continúo con las rutinas propias del viajero, tomo apuntes en un cuaderno, le doy uso a la –atávica– cámara digital compacta –digo atávica, sí, porque el teléfono móvil es como el uniforme diario que ha sustituido a cualquier otra prenda de vestir–, y me distraigo yendo de aquí para allá, yendo como ‘flâneur’ por tierra extraña y esperando que sucedan cosas, historias...

Normalmente, hago acopio de todo ese material (folletos, planos, libros relacionados con el destino, periódicos doblados, tarjetas de visita, anuncios callejeros, cartas de restaurantes...) que me pueda servir en el futuro para reconstruir la atmósfera del momento, para descongelar una parte de mi vida más o menos vivida, para partir de uno y armar paso a paso el esqueleto desmoronado de un tiempo quemado.

Eso ha sido así desde que me reconozco. Montones de legajos y carpetas que pueden estar años en su sitio, sin que nadie los toque. Yo estoy con otras cosas, ¡con mil cosas!, hasta que un día, años después, ya siendo yo otro, aunque básicamente sea el mismo, si nos atenemos al código de barras de nacimiento, llega el momento de abrir aquello. Y al empezar a ordenar todo eso, como un arqueólogo o un paleontólogo que va suavemente empleando el cepillo y otras herramientas para ir levantando estratos o capas de la historia, voy sintiendo una cosa bien extraña, que me impulsa a querer ir más allá, que me hace encender el ordenador, buscar la plantilla de nuevos documentos y empezar a escribir. Es una historia que no tiene que ver conmigo, pero sí. Es un lugar al que quizás nunca jamás volveré, pero sí de otro modo. Es una gente, que no me es familiar, porque tal vez ni exista ya, pero sí existe, en realidad: yo ya estoy dispuesto a darles la vida.

Eso es escribir. Sé que otros tienen otros métodos. ¿Debería ser más generoso y abrirme a ellos? Estos días sigo en Florida, y estoy disfrutando tanto este momento que no necesito nada más. Entre esos documentos que guardé hay un artículo que publicó The New York Times el 17 de julio de 2018, ‘El poder de la gente positiva’, firmado por Tara Parker-Pope. Habla de los moais, no de las estatuas de la isla de Pascua, sino de esos grupos de cinco amigos que nos ofrecen apoyo social, logístico, emocional y financiero para el resto de nuestras vidas. Ellos son, nos dice, mejor que cualquier droga o antiarrugas. Leerlo me alegró esta semana.